

Fracaso de la Teología de la Liberación

E.
MIRET
MAGDA
LENA

El Papa se ha reunido en Puebla con los obispos latinoamericanos. Y ha sido objeto de la atención de todo el mundo. Aunque no de una atención tan expectante como la que provocó Pablo VI cuando fue también a América hace años y publicó con ese motivo la carta social del católico contemporáneo llamada "El progreso de los pueblos".

Detalles ingenuos del Papa Montini estropearon aquel viaje: su imagen protegida por las armas, como si fuera el soberano de un Estado político; y su concesión a los conservadores de la Curia, limando a última hora lo más incisivo y avanzado de la citada encíclica social tan esperada después de los valientes escritos de Juan XXIII, fueron sus fallos principales.

Pero, entonces, el momento era álgido en la historia del catolicismo latinoamericano. Fue el bullir de los creyentes inquietos, la lucha de muchos contra la opresión social, el surgir de las guerrillas apoyadas y fomentadas por católicos, y un brote nuevo dentro de la cansina teología de los tomos empolvados que se estudiaban en los seminarios tradicionales, que fue la aparición de la atractiva "teología de la liberación".

Todo hacía presagiar un importante y decisivo salto adelante en la marcha de la Iglesia y de la sociedad dentro del continente americano de habla española. La esperanza de una Iglesia revolucionaria parecía palparse en el ambiente.

Y, sin embargo, el camino recorrido ha sido muy diferente. Los regímenes políticos de América del Sur han dado un giro a la derecha, las dictaduras de Videla y Pinochet han dominado unos países con afanes progresivos; Brasil empieza a ser el gran coloso de la derecha, y los demás —salvo Venezuela— se encuentran en manos de fuerzas más o menos conservadoras, sea cual sea el disfraz con que se envuelven.

De las guerrillas ya no se habla apenas, y la misma oprimida Nicaragua tiene que padecer la inicua tiranía de un impopular dictador, tolerado por las democracias del mundo entero y apoyado por los intereses norteamericanos.

¿En qué ha quedado, entonces, la flamante teología de la liberación, que pareció una fuerte inyección religiosa para estimular los anhelos sociales salvadores del pueblo latinoamericano?

Es cierto que el cristianismo, si quiere ser fiel a su entraña misma, no puede cruzarse de brazos ante la injusticia social, a pesar de que una postura pasiva ha sido tónica oficial del catolicismo durante muchos siglos, que canonizaron, como venida de la mano de Dios, la rígida estructura social de niveles inamovibles que tenta la sociedad antigua. Pe-

ro la cuestión no está ahí, sino en haber querido elaborar desde la Iglesia un mecanismo conceptual que estructurase intelectualmente esos nobles afanes sociales, y pretendiera después deducir, de ese conjunto de principios abstractos, un plan de acción social, fuertemente movido por los impulsos religiosos del Evangelio.

El cristianismo tiene ciertamente en su mensaje cinco razones poderosas para actuar en el mundo, que enumero brevemente:

1. El amor universal a todo hombre, y particularmente a los "anawim" del Antiguo Testamento, a los desheredados de la fortuna, como hicieron ver los duros profetas sociales de la Biblia, tales como Isaías y Amós.

2. El sentido social —y no sólo individual— del trabajo humano, "por el cual los hombres se esfuerzan por mejorar las condiciones de vida como corresponde al plan de Dios", según acaban de proclamar los obispos franceses en la nueva versión del "Credo" que han redactado para su pueblo.

3. Ser el cristianismo básicamente una religión de compromiso con los problemas del mundo, porque, para el Evangelio, lo divino es ilusión si no está encarnado en la Tierra, como ejemplificó el modelo de personajes históricos que fue Jesús, y que para el católico es la encarnación de la fuerza de Dios.

4. Propugnar el Evangelio una "liberación" de todas las cosas de este mundo, según la palabra de San Pablo en sus "Cartas", que proclama la redención universal de "todas las cosas" ("ta panta"), dice en el original griego). Nuestro sentido religioso de la redención no puede ser "espiritualista", sino espiritual y material al mismo tiempo. Y los creyentes somos cooperadores de esta obra liberadora que está en marcha a través de los siglos, y que ahora la Humanidad es más consciente de ella.

5. La mirada religiosa del cristiano no se dirige solo al cielo, sino a un "más allá" que está entre nosotros. La "escatología", las "últimas cosas", no están fuera de nuestro tiempo ni de nuestro espacio, sino que se encuentran inmersas en él. La salvación para el cristiano no puede ser un escaparse hacia las nubes soltando las cadenas del cuerpo, ni tampoco saltar hacia las etéreas regiones del firmamento al final de la vida, dejando de una vez a los demás abandonados en este "valle de lágrimas". El cielo comienza en la Tierra, si nosotros ayudamos a forjarlo.

Pero todo esto verbalmente tan atractivo no es ninguna poderosa técnica so-

cial para la transformación de las sociedades. Carece de la precisión necesaria para ser una eficaz palanca de cambio. No tiene medios concretos para hacer eficientes esos anhelos bienintencionados. Y, por supuesto, no se puede caer en la ingenuidad de creer ficticiamente que, al estructurar ideológicamente estos impulsos del creyente, le hemos dado ya un instrumento concreto de fuerza práctica que le permitirá efectuar la revolución social, pacífica o violenta en sus métodos, pero radical, que es la que necesita el mundo latinoamericano.

No seamos ingenuos los cristianos: la liberación no se realizará poniendo delante de ella la palabra "teología", sino arbitrando los medios humanos profanos, ideológicos y técnicos que hagan viable este difícil cambio social requerido por la situación de injusticia del continente americano.

Y nada peor que querer ingenuamente asimilar ahora superficialmente marxismo y cristianismo, como algunos hacen allí, y cuyo máximo exponente está en el atractivo pero infantil libro del teólogo mexicano José P. Miranda, titulado "Marx y la Biblia".

Una cosa es que haya cristianos que adopten por razones humanas la opción marxista, y otra muy distinta es querer casi identificar marxismo y cristianismo, como si ambos estuvieran en el mismo plano. Los creyentes tenemos que ser más modestos, respetando toda doctrina y toda técnica social que esgrima razones de peso, sea el marxismo o no lo sea, pero nunca intentar apropiárnosla como si fuese una derivación lógica del cristianismo o tuviera una identidad esencial con él.

No hay que esperar por eso que Puebla resuelva el problema social de Latinoamérica, aunque pueden hacer mucho por ella los cristianos —como cualquier otro hombre— con una técnica social profana en sus manos y no sólo con la Biblia. No, Puebla no puede ser la prueba de fuego definitiva del Papa Wojtyła, porque eso sería querer hacer "triumfalismo" los católicos al poner demasiada esperanza en nuestra religión como solucionadora a los problemas humanos del mundo. Limitémonos a considerarla sólo como una ayuda más en la transformación social. ■